

sacrificarse, porque Osvaldo viviese en paz con su patria, con su familia, y consigo mismo.

La música que se oía al llegar al palacio alentaba á Corina. Divisó á un pobre anciano ciego, sentado al pié de un árbol, y atento al estruendo de la fiesta : acercóse á él, y le pidió entregase la carta que ponía en sus manos, á un criado del castillo : así no se expuso siquiera á que lord Nelvil llegase á saber era una mujer quien la habia traído. En efecto, cualquiera que hubiese visto á Corina al entregar aquella carta, habria conocido que encerraba el destino de su vida. Sus miradas, su mano trémula, su voz majestuosa, todo anunciaba uno de aquellos momentos en que el destino se enseñoera de nosotros, en que el ser desventurado obra ya únicamente como esclavo de la fortuna que le persigue.

Corina miró de léjos al anciano, guiado por un perro fiel, vióle dar su carta á uno de los criados de lord Nelvil, que por casualidad traía otras para el palacio. Todas las circunstancias se reunían para no consentir la esperanza : dió algunos pasos todavía volviéndose á mirar como llegaba el criado á la puerta, y luego que cesó de verle, luego que se halló en el camino, luego que no oyó mas la música, y ni distinguió las luces del palacio, bañó su frente un sudor helado, asaltóla un temblor mortal, y aun quiso ir mas adelante ; pero no lo consintieron sus fuerzas, y cayó sin conocimiento en el camino.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

LA MANSION EN FLORENCIA

CAPITULO I

El Conde de Erfeuil, despues de pasar algun tiempo en Suiza, y haberse cansado de la naturaleza en los Alpes, como se cansó de las bellas artes en Roma, sintió repentinamente deseos de ir á Inglaterra, donde le habian asegurado se hallaba la profundidad del entendimiento ; y se persuadió una mañana, al despertarse, de que aquello era lo que le hacia falta. No habiendo tenido este tercer ensayo mejor éxito que los dos primeros, se renovó de improviso su afecto á lord Nelvil, y diciendo tambien para sí una mañana, que sola la verdadera amistad hacia dichosos, partió para Escocia. Fué al punto á

casa de lord Nelvil, y no le encontró; pero habiendo sabido estaba en la de lady Edgermond, volvió á montar á caballo, y marchó á buscarle; tanto afan tenia de verle. Iba corriendo muy velozmente, cuando halló á una mujer tendida en la margen del camino, sin ningun movimiento; paróse, se apeó del caballo, y corrió á socorrerla. ¡Cuál fué su admiracion al conocer, en medio de su mortal palidez, el rostro de Corina! Sintióse lleno de tierna compasion; dispuso, con auxilio de su criado, algunas ramas para llevarla, y pensaba conducirla al palacio de lady Edgermond, al tiempo que Teresina, que se habia quedado en el coche, llegó sobresaltada de no ver volver á su señora, y creyendo que solo lord Nelvil podia haberla puesto en semejante situacion, determinó trasladarla á la ciudad próxima. Siguió el Conde de Erfeuil á Corina, y en los ocho dias que duraron á la infeliz la calentura y el delirio, no la dejó: cuidaba de ella el hombre frívolo, y el hombre sensible le traspasaba el corazon.

Cuando volvió Corina en sí, notó aquella oposicion, y dió gracias al Conde de Erfeuil con íntima ternura; y él le respondió procurando consolarla presto; porque era mas capaz de acciones nobles que de palabras graves, y Corina debia encontrar en él mas bien un favorecedor que un amigo. Intentó sosegar su ánimo, y acordarse de lo que le habia acontecido; mas tardó mucho en acordarse de sus acciones, y de los fundamentos que la mo-

vieron. Quizá comenzaba su sacrificio á parecerle demasiado grande, y pensaba por lo ménos en decir á lord Nelvil el adios postero, ántes de salir de Inglaterra, cuando al dia siguiente de haber recobrado el sentido, vió en un periódico por casualidad, este artículo:

« Lady Edgermond acaba de saber que su hijastra, á quien creia muerta en Italia, vive, y disfruta en Roma, con el nombre de Corina, grandísima reputacion literaria. Lady Edgermond, se honra reconociéndola, y partiendo la herencia del hermano de lord Edgermond, que acaba de morir en la India.

» Lord Nelvil debe dar la mano, el domingo próximo, á miss Edgermond, hija menor de lord Edgermond, y única de Lady Edgermond, su viuda. Ayer se firmaron las escrituras. »

Por desgracia no perdió Corina el sentido leyendo esta nueva; sucedió en ella una revolucion repentina, y la abandonaron todos los intereses de la vida: se sintió como una persona sentenciada á muerte; mas que aun ignora cuándo ha de verificarse el suplicio; y desde aquel instante, el único sentimiento de su alma fué la resignacion del despecho.

Entró en su aposento el Conde de Erfeuil, y viéndola mas pálida que en el desmayo, le preguntó con ansia por su salud. — No estoy peor, desearia partir pasado mañana que es domingo, dijo con so-

lemnidad; iré á Plymouth, y me embarcaré para Italia. — Yo os acompañaré, respondió prontamente el Conde de Erfeuil; no tengo cosa alguna que me detenga en Inglaterra. Celebraré en el alma hacer este viaje en compañía vuestra. — Sois bueno, repuso Corina, bueno en verdad; no debe juzgarse por apariencias.... y luego parándose, prosiguió: acepto vuestro favor hasta Plymouth, porque no estoy cierta de poder gobernarme hasta allí: una vez embarcados, el bajel nos lleva de cualquier modo. — Hizo seña al Conde de Erfeuil rogándole la dejase sola, y lloró largamente delante de Dios, pidiéndole esfuerzo para soportar su dolor. Nada tenia ya de la impetuosa Corina, habíanse agotado las fuerzas de su potente vida, y aquel aniquilamiento, que ella misma no acertaba á explicar, le daba sosiego. Rindióla el infortunio: ¿no es fuerza que tarde ó temprano doblen los mas rebeldes la frente á su yugo?

El domingo partió Corina de Escocia con el Conde de Erfeuil. — ¡Hoy, dijo ella levantándose de su lecho para entrar en el coche, hoy! — Quiso el Conde de Erfeuil preguntarla, y ella no respondió, y volvió al silencio. Pasaron por delante de una iglesia, y pidió Corina permiso al Conde de Erfeuil de entrar un instante en ella: arrodillóse delante del altar, y figurándose que veia allí á Osvaldo y Lucila, rogó por ellos; pero sintió tan violenta impresión, que al querer levantarse, vaciló, y no pudo

dar un paso sin apoyarse en Teresina y en el Conde de Erfeuil, que salieron á su encuentro para sostenerla. Todos se levantaban para dejarle paso, y le manifestaban suma compasion. — Parezco, pues, muy enferma, dijo al Conde de Erfeuil; ¡ay! otras personas mas jóvenes y mas brillantes que yo saldrán ahora de la iglesia con triunfante planta.

No oyó el Conde de Erfeuil el fin de aquellas palabras; era bueno, pero no podia ser sensible; así, en el camino, amando siempre á Corina, se cansaba de su tristeza, y procuraba desvanecerla, como si para olvidar todos los disgustos de la vida, bastase querer olvidarlos. Alguna vez la decia: *bien os lo predije*. ¡Extraña manera de consolar; satisfaccion que se toma la vanidad á costa del dolor!

Corina se esforzaba extraordinariamente para disimular lo que padecia, porque las pasiones vehementes causan rubor delante de las almas ligeras; todo lo que no se hace comprender, todo lo que se ha de explicar, aquellos secretos del alma, por fin, que solo se alivian adivinándolos, inspiran un sentimiento de pudor. Tambien se dolia Corina de no mostrarse bastante agradecida á las pruebas de afecto que le daba el Conde de Erfeuil; pero su voz, su acento, sus miradas, manifestaban tanta distraccion, tanta necesidad de divertirse, que á cada instante se olvidaban sus acciones generosas, como las olvidaba él mismo. Es, cierto, cosa nobilísima dar poco precio á nuestras buenas acciones; pero tal

vez la indiferencia que mostramos al hacer bien, esta indiferencia tan hermosa por sí, pudiera ser, no obstante, en ciertos caracteres, causada por la frivolidad.

Corina habia revelado, durante su delirio, casi todos sus secretos, y los papeles públicos hicieron enteramente saber lo demas al Conde de Erfeuil; mil veces habria deseado que Corina hablase con él de lo que llamaba *sus negocios*; pero esta palabra no mas era suficiente para helar la confianza de Corina, y le supplicó no la obligase á nombrar á lord Nelvil. Al separarse del Conde de Erfeuil, no acertaba Corina á explicarle su gratitud, porque al mismo tiempo se alegraba de hallarse sola, y sentia apartarse de un hombre, á quien debia tantos favores. Intentó darle gracias; pero él le dijo con tanta naturalidad, no hablase de eso, que calló. Encargóle manifestase á lady Edgermond que rehusaba enteramente la herencia de su tío, y le rogó desempeñase aquella comision como si la hubiera recibido de Italia, sin noticiar á su madrastra su venida á Inglaterra.

— Y lord Nelvil, ¿debe saberlo? dijo entónces el Conde de Erfeuil. — Estas palabras estremecieron á Corina: — No tardareis en poder decírselo; no, no tardareis. Mis amigos de Roma os avisarán cuando podais decírselo. — Cuidad de vuestra salud, dijo el Conde de Erfeuil: ¿sabeis que me teneis con cuidado? — Sí, respondió Corina sonriéndose: me pa-

rece que en efecto teneis razon. — Dióle el Conde de Erfeuil el brazo para ir al bajel; y al tiempo de embarcarse volvió la vista hácia Inglaterra, hácia aquel país de donde se ausentaba para siempre, y donde moraba el único objeto de su cariño y de su dolor; llenáronsele los ojos de lágrimas, de las primeras lágrimas que se le escaparon delante del Conde de Erfeuil. — Hermosa Corina, le dijo él, olvidad á un ingrato, acordaos de los amigos que os aman con tanta ternura; y creedme, pensad con placer en todas las distinciones que poseeis. — A estas palabras retiró Corina su mano de entre las del Conde de Erfeuil, y dió algunos pasos, apartándose de él; pero arrepintiéndose luego de aquel impulso impeditado, volvió, y le dijo suavemente adios. No advirtió el Conde de Erfeuil lo que habia pasado en el alma de Corina: entró en la lancha acompañándola; la recomendó con empeño al capitan, y aun cuidó, con el mas amable esmero, de todas las disposiciones que podian hacer mas cómoda su travesía, y volviendo con la lancha, saludó mientras pudo con su pañuelo al bajel. Corina respondió agradecida al Conde de Erfeuil: mas ¡ay! ¿era aquel el amigo con quien debió contar?

Los sentimientos ligeros suelen tener larga duracion, nada los quebranta, porque nada los oprime; siguen las circunstancias, desaparecen, y vuelven con ellas, mientras los cariños profundos... no tornan, y dejan únicamente en su lugar una dolorosa herida.

CAPITULO II

Un viento favorable llevó á Corina á Liorna en ménos de un mes. Casi siempre tuvo calentura en este tiempo; y era tal su abatimiento, que mezclándose con la enfermedad el dolor del alma, se confundian unas con otras todas sus sensaciones, sin dejar ninguna huella distinta en su pecho. Dudó, al llegar, si se dirigiria desde luego á Roma; pero aunque sus mejores amigos la esperaban allí, una repugnancia invencible la impedía vivir en los sitios donde habia conocido á Osvaldo. Representábase su propia morada, la puerta que él abría cada dia dos veces para entrar en ella, y se pasmaba pensando que habia de volver á habitarla. Determinó, pues, ir á Florencia; y como tenia cierto presentimiento de que su vida no resistiria mucho tiempo á tanto dolor, le era conveniente apartarse de la existencia poco á poco, y empezar á vivir sola, y separada de sus amigos, separada de la ciudad, testigo de sus triunfos, separada de la mansion donde intentarían dar vigor á su ánimo, y le pedirían que se mostrase cual era otros dias, cuando le hacia odioso todo esfuerzo un desaliento invencible.

Atravesando la Toscana, aquella tierra tan fértil,

y al acercarse á Florencia, tan fragante de flores; en fin, al volver á encontrar á Italia, solo sintió Corina tristeza: todas aquellas bellezas del campo que la embriagaron en otro tiempo, la llenaban de melancolía. *¡Cuán horrorosa es, dice Milton, la desesperacion que no se sosiega con tan suave ambiente!* Es menester religion ó amor para gozar de la naturaleza; y en aquel momento la triste Corina habia perdido el mayor bien de la tierra, sin encontrar aquella quietud que solo la devocion puede dar á las almas sensibles y desdichadas.

La Toscana es un país muy cultivado, y en extremo risueño; pero no hiere la imaginacion como las cercanías de Roma. Los Romanos borrarón de tal suerte las instituciones primitivas del pueblo que habitaba la Toscana otro tiempo, que no queda en ella casi ninguno de los antiguos vestigios que inspiran tanto interes en favor de Roma y de Nápoles. Pero se advierte otra especie de bellezas históricas; las ciudades llevan el carácter del genio republicano de la edad média. En Siena, la plaza pública donde se juntaba el pueblo, el balcon desde donde le arregaba su magistrado, llaman la atencion de los viajeros ménos reflexivos; conócese que allí ha existido un gobierno democrático.

Es un placer oír á los Toscanos, aun de la clase mas ínfima de la plebe; sus expresiones, llenas de imaginacion y de elegancia, dan idea del deleite que debia disfrutarse en la ciudad de Aténas, cuando

el pueblo hablaba aquel armonioso griego, que era como una música continua. Es una sensación singularísima creerse en medio de una nación, cuyos individuos tuviesen todos iguales luces, y pareciesen todos de la clase superior; y esta es la ilusión que causa, por algunos momentos, al ménos, la pureza del lenguaje.

La vista de Florencia recuerda su historia ántes de la elevación de los Médicis á la soberanía; los palacios de las familias principales están contruidos á manera de fortalezas, desde donde podían defenderse: todavía se ven por fuera los anillos de bronce, donde se fijaban los estandartes de cada partido; en fin, todo estaba dispuesto, mas para mantener las fuerzas individuales, que para reunir-las todas en interés comun. Diríase que la ciudad se edificó para la guerra civil; tiene torres el palacio de justicia, desde donde podía descubrirse al enemigo, y ponerse en defensa: y eran tales los odios entre los linajes, que se ven palacios extrañamente contruidos, porque sus poseedores no consintieron que se extendiesen al terreno donde se habían arrasado casas enemigas. Aquí conspiraron los Pazzi contra los Médicis; allí asesinaron los Guelfos á los Gibelinos; donde quiera están los vestigios de la lucha y de la rivalidad; mas ahora todo ha vuelto al sueño, y solo las piedras y los edificios han conservado alguna apariencia. No hay ya rencores, porque no hay qué pretender, y porque un estado sin

gloria y sin poder, no es objeto de contienda para sus habitantes. La vida que hoy se hace en Florencia es sumamente uniforme; van todas las tardes á pasear por las orillas del Arno, y por la noche se preguntan unos á otros si han estado.

Situóse Corina en una casa de campo á corta distancia de la ciudad, y avisó al príncipe de Castel-Forte, manifestándole su intención de fijarse allí. Esta carta fué la única que escribió Corina, porque habia tomado tal aborrecimiento á todas las acciones comunes de la vida, que para la menor resolución que adoptar, para la menor orden, sentia aumentarse su pena. No podia pasar los dias sino en una ociosidad completa; levantábase, y volvía al lecho, y se levantaba otra vez, y abría un libro; mas no entendía una línea de él. A veces pasaba horas enteras á la ventana; luego se paseaba apresuradamente por el jardín; y otras veces cogía un ramo de flores procurando aturdirse con su olor. En fin, el sentimiento de la existencia la perseguía como un dolor sin descanso, y probaba mil medios para aquietar aquella facultad devoradora de discurrir, que ya no le presentaba, como en otros dias, las reflexiones mas variadas, sino una idea sola, una sola imágen armada de puntas crueles que desgarraban su corazón.

CAPÍTULO III

Un día resolvió Corina ir á ver las hermosas iglesias que adornan á Florencia, acordándose de que en Roma se tranquilizaba su alma, cuando pasaba algunas horas en San Pedro. Para ir á la ciudad atravesó el hermoso bosque situado á orillas del Arno, en una deliciosa tarde del mes de junio, en que llenaba el aire de suavísimas esencias copia increíble de rosas, y el semblante de cuantos se paseaban anunciaba felicidad. Sintió Corina hacerse mayor su tristeza por hallarse excluida de aquella ventura general que la naturaleza concede á la mayor parte de los seres; y no obstante la bendijo con amor porque hace á los hombres dichosos. Yo soy, decía, una excepcion del orden universal; para todos hay dicha, y esta terrible facultad de padecer que me da la muerte, es un modo de sentir propio de mí sola. Pero, ¡Dios mio! ¿por qué me escogisteis para soportar esta pena? ¿No podría pedir, como vuestro divino hijo, que *esta copa se aparte de mí?*

El ademan activo y ocupado de los habitantes de la ciudad admiró á Corina. Desde que no tenia interer alguno en la vida, no comprendia la causa de

los movimientos, las vueltas y el afan de los demas: y arrastrando lentamente sus pasos por las anchas losas de las calles de Florencia, perdía la idea de llegar, ni se acordaba dónde queria ir; en fin, se encontró delante de las famosas puertas de bronce, esculpidas por Ghiberti, para la pila de San Juan, que está al lado de la catedral de Florencia.

Examinó aquel trabajo algun tiempo, admirando su inmensidad y la multitud de fisonomías variadas con que se presentan en él grupos admirables en proporciones muy distintas, pero muy claras, expresando todos un pensamiento del artista, una concepcion de su ingenio. — ¡Qué paciencia! exclamó Corina, ¡qué respeto á la posteridad! y sin embargo, ¡cuán pocas personas observan con atencion estas puertas por donde pasa el tropel con distraccion, ignorancia ó desden! ¡Oh qué difícil es al hombre huir del olvido! ¡y qué poderosa es la muerte!

En esta catedral asesinaron á Julian de Médicis; y no léjos de allí se ven, dentro de la iglesia de San Lorenzo en una capilla de mármol, riquísima en pedrerías, los sepulcros de los Médicis y las estatuas de Julian y de Lorenzo, por Miguel-Angel. La de Lorenzo de Médicis, en el acto de meditar la venganza del asesinato de su hermano, mereció el honor de llamarse: *el pensamiento de Miguel-Angel*. Al pié de aquellas estatuas se hallan la Aurora y la Noche; el despertar de una, y en especial el sueño de la otra, tienen particular expresion. Un poeta

hizo versos sobre la estatua de la Noche, que acababan con estas palabras : *aunque duerme, está viva ; despiértala si no lo crees, y hablará.* Miguel-Angel que cultivaba las letras, sin las cuales presto se marchita toda especie de imaginacion, respondió en nombre de la noche :

*Grato m'è il sonno, e più l'esser di sasso.
Mentre che il danno e la vergogna dura,
Non veder, non sentir m'è gran ventura ;
Però non mi destar, deh ! parla basso (1).*

Miguel-Angel es el único escultor de los tiempos modernos, que ha dado á la figura humana un carácter diferente de la belleza antigua, y de la afectacion actual, como que se está viendo en ella el espíritu de la edad média, un alma enérgica y melancólica, una actividad constante, formas muy señaladas, y facciones que muestran el carácter de las pasiones ; pero no representan lo ideal de la belleza. Miguel-Angel es el genio de su propia escuela, porque nada imitó, ni aun de los antiguos.

Su sepulcro está en la iglesia de *Santa Croce*. Quiso se colocase enfrente de una ventana, desde donde podia verse la média naranja construida por Filippo Brunelleschi, como si todavía debieran estremecerse sus cenizas debajo del mármol, al ver

- (1) Dulce me es ser de piedra, y de esta suerte Dormir ; que mientras el oprobio dura,
No ver y no sentir es gran ventura ;
Habla quedo, ¡ ay de mí ! no me despierte.

aquella cúpula, modelo de la de San Pedro. La iglesia de Santa Croce encierra la reunion mas brillante de muertos que hay en Europa : y Corina se sintió hondamente conmovida, caminando por entre aquellas dos filas de muertos. Aquí está Galileo, perseguido por los hombres en castigo de haber descubierto los secretos del cielo : mas allá, Maquiavelo, revelador del arte de los delitos, mas como observador que como delincuente ; pero cuyas lecciones son mas provechosas á los opresores que á los oprimidos ; el Aretino, aquel hombre consagró su vida á las burlas, y no experimentó en la tierra nada grave sino la muerte ; Bocacio, cuya fantasía risueña arrojó los azotes reunidos de la peste y de la guerra civil ; un cuadro en honor del Dante, como si despues de haberle dejado morir en el tormento del destierro, pudiesen todavía los Florentinos ensalzarse con su gloria (1) ; en fin vense allí otros muchos nombres honrosos ; nombres celebrados mientras vivieron ; y ahora van resonando mas débilmente de generaciones en generaciones, hasta que su estruendo se apague del todo (2).

(1) Despues de muerto el Dante, los Florentinos, afrentados por haberle dejado perecer léjos de su mansion natal, enviaron al Papa una diputacion, suplicándole les volviese sus reliquias sepultadas en Roma ; pero el Papa lo rehusó, creyendo con razon que el país que acogió al desterrado, se habia hecho su patria, y no queriendo privarse de poseer su sepulcro.

(2) Alfieri dice que la primera vez que sintió el amor de la gloria, fué paseándose en la iglesia de Santa Croce, y allí está

La vista de aquella iglesia, ornada con tan nobles memorias, excitó el entusiasmo dentro del pecho de Corina; habíala desaminado el aspecto de los vivos, y la presencia silenciosa de los muertos reanimó, al ménos un instante, aquella emulacion de gloria que la enseñoreó otro tiempo; caminó por la iglesia con planta mas segura, y cruzaron aun por su alma algunos pensamientos de los dias pasados; vió venir por debajo de las bóvedas jóvenes sacerdotes cantando en voz baja, y paseándose pausadamente por derredor del coro; y preguntó á uno qué significaba aquella ceremonia: — *Rogamos por nuestros muertos*, le respondió. — Si, haceis bien, pensó entre sí Corina, de llamarlos *vuestros muertos*; no os queda ya otra propiedad gloriosa. ¡ Oh! ¿ por qué ahogó Osvaldo estos presentes que debí al cielo, para excitar entusiasmo en las almas acordes con la mia? ¿ Dios santo! exclamó arrodillándose, no os pido que me volvais mi talento por un vano orgullo: sin duda son los mejores de todos esos santos oscuros que supieron vivir y morir por vos; pero hay para los mortales diversas carreras; y el genio que celebrase las virtudes generosas, el genio consagrado á todo lo noble, humano y sincero, pudiera á lo ménos ser admitido en los vestíbulos exteriores del cielo. — Al acabar esta plegaria, tenia Corina inclinados al

sepultado. El epitafio compuesto por él mismo para su respetable amiga la condesa de Albany, y para él, es la expresion mas sencilla y mas tierna de una larga y perfecta amistad.

suelo los ojos, y se fijaron en esta inscripcion de un sepulcro, sobre el cual se hallaba arrodillada: *Sola en mi aurora, y sola en mi ocaso, tambien aquí estoy sola.*

— ¡ Ah! exclamó Corina, esta es la respuesta á mi ruego. ¿ Puede sentir emulacion quien está sola en este mundo? ¿ Quién tomaria interes en mis triunfos, si pudiera conseguirlos? ¿ Quién participaria de mi suerte? ¿ Qué sentimiento pudiera estimular mi ánimo al trabajo? ¡ ay! su mirada era mi recompensa.

Otro epitafio llamó asimismo su atencion: *No me compadezcas*, decia un hombre, muerto en juventud, *¡ si supieses cuántas penas me ahorró este sepulcro!* — ¡ Qué desapego á la vida inspiran estas voces! dijo Corina derramando lágrimas. Al lado del bullicio de la ciudad está una iglesia que enseñaria á los hombres, si quisiesen, el secreto de todo; mas pasan y no entran en ella, y el mundo camina por la portentosa ilusion del olvido.

CAPITULO IV

El movimiento de emulacion, que alivió á Corina algunos instantes, la llevó al dia inmediato á la ga-